

Cómo citar este trabajo: Hernández Hernández, Alberto y González Lozano, Diana Montserrat (2026). La Zona Norte de Tijuana: experiencias fronterizas de trabajadoras sexuales. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 15, pp: 01-17
<https://doi.org/10.46661/relies.12663>

La Zona Norte de Tijuana: experiencias fronterizas de trabajadoras sexuales

Tijuana's Zona Norte: Border Experiences of Sex Workers

Alberto Hernández Hernández

El Colegio de la Frontera Norte
ahdez@colef.mx
ORCID <https://orcid.org/0000-0001-7176-0902>

Diana Monserrat González Lozano

El Colegio de la Frontera Norte
dgonzalez.dem2022@colef.mx
ORCID <https://orcid.org/0009-0001-9221-270X>

Recepción: 15.09.2025

Aceptación: 19.02.2026

Publicación: 19.02.2026



Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

Resumen

Este artículo analiza la Zona Norte de Tijuana como un enclave fronterizo donde se articulan dinámicas globales, regulaciones locales y experiencias subjetivas de trabajadoras sexuales migrantes. A partir de una metodología cualitativa basada en 20 entrevistas estructuradas, 2 entrevistas en profundidad y una etnografía exploratoria realizada entre 2021 y 2024, se reconstruyen trayectorias que permiten comprender la movilidad circular, las jerarquías corporales y las estrategias de agencia en este mercado. Los testimonios de Esmeralda y Rubí muestran cómo la juventud, la corporalidad y las redes de contacto operan como capital inicial, mientras que la competencia, la regulación sanitaria y la arquitectura empresarial configuran desigualdades interseccionales. Se concluye que la Zona Norte no solo debe entenderse como un distrito rojo, sino como un laboratorio urbano de la globalización donde se entrelazan precariedad y agencia, deseo y violencia, exclusión y circulación.

Palabras clave: trabajo sexual; frontera; movilidad circular; interseccionalidad; Tijuana.

Abstract

This article examines Tijuana's Zona Norte as a border enclave where global dynamics, local regulations, and the subjective experiences of migrant sex workers converge. Drawing on a qualitative methodology that included 20 structured interviews, 2 in-depth interviews, and an exploratory ethnography conducted between 2021 and 2024, the study reconstructs trajectories that highlight circular mobility, bodily hierarchies, and strategies of agency within this market. The testimonies of Esmeralda and Rubí reveal how youth, corporeality, and social networks operate as initial capital, while competition, sanitary regulation, and business architecture reproduce intersectional inequalities. The findings suggest that the Zona Norte should not be understood merely as a red-light district, but as an urban laboratory of globalization where precarity and agency, desire and violence, exclusion and circulation are deeply intertwined.

Key words: sex work; border; circular mobility; intersectionality; Tijuana.

1 Introducción

La Zona Norte de Tijuana constituye uno de los puntos más paradigmáticos del turismo sexual en la frontera global y su presencia constituye una realidad ampliamente documentada. Su configuración histórica y urbana está ligada a la posición liminal de la ciudad como frontera con Estados Unidos y a los procesos de urbanización y migración que han marcado su desarrollo desde inicios del siglo XX. La Ley Seca en el vecino país y la construcción del Casino Agua Caliente en los años veinte consolidaron a Tijuana como un polo de entretenimiento transfronterizo, donde el comercio sexual se integró tempranamente al tejido económico y cultural de la ciudad. Posteriormente, el crecimiento demográfico impulsado por la Segunda Guerra Mundial, la instalación de bases militares en San Diego y la modernización de la infraestructura fronteriza reforzaron la centralidad de la Zona Norte como espacio nocturno, turístico y sexual (Hernández, 2022).

En sus primeras décadas, la Zona Norte fue frecuentada principalmente por marinos y militares estadounidenses durante el periodo de la posguerra y las guerras de Corea y Vietnam. Con el paso del tiempo, el perfil de los visitantes se diversificó, incorporando turistas anglosajones, personas de origen hispano, así como migrantes asiáticos, del Medio Oriente y del subcontinente indio residentes en distintos condados del sur de California, como Orange, Los Ángeles, San Bernardino, Ontario, Riverside y San Diego. Esta ampliación del público consolidó a la Zona Norte como un nodo de consumo sexual inserto en circuitos transfronterizos más amplios.

Desde el punto de vista urbano, la Zona Norte está conformada por seis manzanas y una trama de veinticuatro calles y callejones, donde antiguas vecindades, fondas, pensiones y cantinas fueron progresivamente acondicionadas para responder a las demandas del turismo sexual. A partir de un proceso de reconfiguración urbana iniciado hace aproximadamente dos décadas, se buscó emular modelos de distritos sexuales internacionales como los de Las Vegas, Bangkok, Manila o Hanoi, generando nuevas dinámicas laborales y comerciales en torno al trabajo sexual. En este contexto, el mercado se segmentó en función del poder adquisitivo, distinguiendo entre visitantes locales, nacionales y extranjeros.

La expansión del turismo sexual estuvo acompañada por una intensificación de la visibilidad mediática de la Zona Norte a través de redes sociales y plataformas digitales. Algunos establecimientos desarrollaron páginas web propias, con galerías fotográficas, recorridos virtuales y sistemas de registro para eventos exclusivos y membresías VIP, reforzando así la dimensión espectacular y globalizada del enclave.

Paralelamente, la Zona Norte se nutrió de mujeres provenientes de diversas regiones del país. No obstante, debido a la cercanía geográfica y a circuitos migratorios consolidados, los estados de Sonora y Sinaloa se posicionaron como los principales lugares de origen de las trabajadoras sexuales. La expansión del mercado dio lugar a una composición heterogénea de participantes, que incluye estudiantes, mujeres con formación profesional y personas que enfrentan situaciones económicas apremiantes o buscan ingresos complementarios. Junto a estos perfiles, persiste un sector de mujeres que ejercen el trabajo sexual en vía pública conocidas localmente como “paraditas”, muchas de ellas en contextos de explotación por parte de parejas o familiares, insertas en una estructura jerárquica altamente verticalizada que reduce significativamente sus márgenes de agencia.

En el plano corporal, si bien la Zona Norte suele representarse como una “tierra de oportunidades”, estas posibilidades se encuentran condicionadas por criterios etarios y estéticos específicos. La demanda privilegia cuerpos jóvenes, normativamente bellos y esculturales, lo que produce un mercado fragmentado donde mujeres mayores de cuarenta años o aquellas que no se ajustan a los estándares corporales dominantes enfrentan condiciones laborales más precarias y remuneraciones considerablemente menores.

Finalmente, la regulación sanitaria constituye un eje central en la organización del trabajo sexual en la Zona Norte. De acuerdo con el Reglamento de Control Sanitario del Municipio de Tijuana, toda persona mayor de edad que ofrece servicios sexuales o eróticos debe contar con una tarjeta sanitaria vigente que acredite su estado de salud. Datos de la Dirección de Control Sanitario Municipal indican que durante 2024 se expidieron 37,841 tarjetas sanitarias, y se estima que entre ocho y nueve mil trabajadoras renuevan este documento de manera continua durante al menos cuatro meses al año. Estas cifras evidencian la elevada movilidad laboral que caracteriza a este enclave fronterizo y refuerzan la centralidad de la Zona Norte como un espacio que, lejos de agotarse, se reconfigura permanentemente en la vida urbana de Tijuana.

La historiografía urbana muestra cómo la erotización de la frontera de Tijuana estuvo anclada tanto en la proximidad geográfica con California como en el despliegue de circuitos de movilidad y consumo internacional. En este sentido, la Zona Norte puede leerse como lo que Mezzadra y Neilson (2013) han conceptualizado como frontera/borde: un espacio productivo, heterogéneo y contradictorio, donde se entrecruzan dinámicas de control y explotación con prácticas de circulación y agencia en el marco de la sexualidad. El borde funciona como un dispositivo que genera economías, subjetividades y flujos transnacionales. En el caso tijuanense, la frontera dio lugar a una “zona roja” globalizada donde convergen trabajadoras sexuales migrantes, turistas internacionales y actores locales en un entramado de intercambios económicos y culturales.

La literatura sobre las zonas de tolerancia en América Latina, como señala Curtis (2008), permite situar a la Zona Norte dentro de una genealogía más amplia de espacios urbanos regulados y segregados, diseñados para concentrar y administrar el comercio sexual en beneficio tanto de las autoridades como de los empresarios turísticos. Estos enclaves muestran cómo la regulación estatal y las prácticas empresariales configuran geografías específicas de placer, vigilancia y consumo, donde el cuerpo femenino es simultáneamente objeto de estigmatización y un recurso potencialmente económico.

Al mismo tiempo, la Zona Norte encarna lo que Anna Tsing (2000) denomina la producción de lo *glocal*: la imbricación de procesos locales con dinámicas globales que generan ensamblajes particulares. La coexistencia de bares tradicionales, clubes de lujo como el *Hong Kong*, trabajadoras callejeras conocidas como “paraditas” y cadenas hoteleras transfronterizas, revelan cómo la economía sexual tijuanense articula simultáneamente prácticas locales de sobrevivencia y circuitos globales de turismo sexual. En este escenario, la experiencia de las mujeres trabajadoras sexuales se sitúa en la intersección de migración y la desigualdad que le subyace, poniendo en evidencia tanto las vulnerabilidades que atraviesan sus trayectorias como las estrategias que despliegan para negociar con clientes, autoridades y empresarios.

No obstante, este artículo no busca “dar voz” a las trabajadoras sexuales de la Zona Norte, sino reconocer, como advierte Spivak (1988), las limitaciones de todo ejercicio académico de representación. La frontera Tijuana–San Diego, y en particular la Zona Norte, debe ser entendida como un espacio donde se condensan relaciones de poder coloniales, prácticas de regulación estatal y dinámicas de mercado global que atraviesan los cuerpos de las mujeres que ahí trabajan.

Desde esta perspectiva, lo que aquí se plantea no es una restitución de voces silenciadas, sino una aproximación crítica a las condiciones históricas, urbanas y transnacionales que producen y

reproducen su lugar en el entramado del turismo sexual. Más que un simple “distrito rojo” se plantea que la Zona Norte se configura como un laboratorio urbano de la globalización, donde se articulan tensiones entre control y agencia, precariedad y oportunidad, exclusión y circulación.

La investigación se enmarca en un enfoque cualitativo, orientado a comprender las experiencias y trayectorias de mujeres cisgénero trabajadoras sexuales en la Zona Norte de Tijuana. Para ello se recurrió a una combinación de técnicas que permitieron captar tanto los relatos individuales como las dinámicas colectivas y espaciales del comercio sexual en este enclave fronterizo.

En primer lugar, durante el año 2021 se realizaron 20 entrevistas estructuradas con mujeres cisgénero trabajadoras sexuales, enfocadas en registrar de manera sistemática sus trayectorias laborales, condiciones de trabajo y percepciones en torno a la regulación sanitaria y las dinámicas urbanas de la zona. Posteriormente, en 2024, se llevaron a cabo 2 entrevistas a profundidad con trabajadoras sexuales de la misma zona, que permitieron ahondar en aspectos más sensibles relacionados con sus experiencias, la migración, la agencia y las estrategias de negociación frente a la precariedad y la violencia.

Complementariamente, se desarrolló una etnografía exploratoria en la Zona Norte, que incluyó recorridos, observaciones en vía pública, visitas a bares, hoteles y clubes nocturnos. Esta fase tuvo como objetivo comprender de manera situada las lógicas operativas de los espacios de entretenimiento, la interacción entre clientes, trabajadoras y personal administrativo, así como los códigos y ritmos que estructuran la vida nocturna en la zona.

Este diseño metodológico, que articula entrevistas y observación etnográfica, buscó recoger testimonios y cartografiar las dinámicas urbanas y sociales que configuran a la Zona Norte como un espacio estratégico del turismo sexual transnacional.

2 Tijuana como epicentro del turismo sexual en la frontera global, aproximaciones teóricas y metodológicas

Como hemos mencionado, la Zona Norte de Tijuana es, sobre todo, un laboratorio fronterizo donde se condensan dinámicas históricas, económicas y culturales que hacen de la ciudad un epicentro del turismo sexual en la frontera global. Para analizar este fenómeno resulta necesario articular un marco teórico-metodológico que conecte las transformaciones estructurales del capitalismo global con las formas locales de regulación urbana y con las experiencias vividas por las trabajadoras sexuales migrantes. En este sentido, proponemos un abordaje en tres niveles interconectados: estructural, institucional-espacial y subjetivo-experiencial.

2.1. Nivel estructural: fronteras, contrageografías y *sexscapes*

Desde una perspectiva estructural, la frontera Tijuana–San Diego puede ser leída a través de la propuesta de Mezzadra y Neilson (2013) como un borde productivo que además de delimitar territorios, organiza el trabajo precario y la movilidad en correlación con las fluctuaciones migratorias. En este marco, el trabajo sexual migrante en la Zona Norte forma parte de lo que Sassen (2003, 2014) denomina contrageografías de la globalización, circuitos “menores” que sostienen el capitalismo global a través de la circulación de cuerpos feminizados, etno-racializados y sexualizados.

La noción de *sexscapes* de Brennan (2004) permite situar a Tijuana en un mapa transnacional de la sexualidad: los flujos turísticos del Norte global convergen con la movilidad laboral del Sur global en un paisaje íntimo y económico que se reproduce mediante la migración circular. Finalmente, el concepto de glocalización propuesto por Tsing (2000) ayuda a comprender cómo la Zona Norte

articula prácticas locales (fichaje, tarifas, estéticas corporales) con demandas e imaginarios globales, sin perder sus particularidades.

2.2 Nivel institucional-espacial: zonas de tolerancia, regulación y rotación

En el plano institucional-espacial, la Zona Norte se consolida como un enclave de regulación selectiva. Como señala Curtis (2008), las zonas de tolerancia son espacios creados para concentrar y administrar el comercio sexual, operando bajo la paradoja de la prohibición oficial y la permisividad pragmática. En Tijuana, esta lógica se materializa en dispositivos de control sanitario, vigilancia policial y arquitectura turística que organizan y contienen la economía sexual.

Aquí resulta clave el concepto de pornotopía de Preciado (2008), que permite leer los bares y clubes nocturnos como dispositivos arquitectónicos y mediáticos diseñados para producir deseo e inducir al consumo. Dentro de esta lógica se inscribe el sistema rotativo de las trabajadoras, que responde tanto a la necesidad empresarial de renovar la oferta y segmentar la clientela, como a las estrategias de movilidad de las propias mujeres para diversificar ingresos, gestionar riesgos y sostener redes de apoyo. En este sentido, la rotación no es marginal, sino una pieza central de la economía erótica de frontera.

2.3. Nivel subjetivo: interseccionalidad, tácticas y límites de la representación

El tercer nivel se enfoca en las experiencias encarnadas de las trabajadoras sexuales. La noción de interseccionalidad¹ (Crenshaw, 1989) permite analizar cómo las jerarquías internas del mercado sexual no son meras diferencias individuales, sino el resultado de estructuras históricas de racialización, generización y estratificación migratoria que operan simultáneamente. Desde Anzaldúa (1987), la frontera se vive como espacio de identidades híbridas, donde las trabajadoras negocian contradicciones entre pertenencia, estigma y movilidad.

A la vez, la teoría de las tácticas de De Certeau (1984) ayuda a identificar las microestrategias que las mujeres despliegan en su día a día: desde la negociación con clientes hasta la elección de cuándo rotar de local o interrumpir la estancia en Tijuana. Finalmente, la crítica de Spivak (1988) recuerda los límites de la “representación académica”. La propuesta de la autora sugiere que el análisis debe reconocer las condiciones históricas, urbanas y coloniales que estructuran los silencios, las omisiones y las formas parciales en que esas voces aparecen (Spivak, 1988, p. 308). En otras palabras, es una lectura relacional.

En conjunto, estos tres niveles permiten comprender la Zona Norte como un espacio fronterizo donde la migración circular y el sistema rotativo no son mecanismos articuladores de una economía global del sexo. Lo estructural explica su inserción en circuitos transnacionales; lo institucional-espacial muestra cómo se organiza y regula la oferta bajo lógicas empresariales y urbanas; y lo subjetivo revela las tensiones entre vulnerabilidad, agencia y representación. Esta lectura relacional ofrece un marco para interpretar las escenas etnográficas posteriores, situando las experiencias de las trabajadoras sexuales en un entramado que es a la vez global, local y corporal.

¹ La autora discute el marco interseccional, es decir, cómo el género, clase, raza, estatus migratorio u otros ejes de opresión se intersectan en para producir experiencias específicas de marginalización desde la página 139, hasta la 145 del artículo original (Crenshaw, 1989).

3 Geografías del trabajo sexual en la Zona Norte: perfiles y dinámicas

El trabajo sexual particularmente en la Zona Norte de Tijuana se configura como un universo complejo y heterogéneo, donde convergen mujeres con trayectos, edad y corporalidades diversas dentro de un mercado, articulado en torno a bares, clubes y calles, que produce jerarquías que terminan por distribuir de manera desigual los ingresos, los riesgos e incluso, las oportunidades de movilidad. A partir de las veinte entrevistas realizadas en 2021 a mujeres migrantes que se desempeñan de manera continua o en algunos casos de forma temporal en los bares de la ciudad, en el contexto de la reapertura de los bares y *table dance* de la Zona Norte tras la epidemia de Covid-19, se observa una tensión constante entre agencia y explotación, estrechamente vinculada a las formas en que el espacio urbano delimita y organiza geografías laborales diferenciadas.

El objetivo de esta sección es mostrar las características demográficas de estas mujeres que han permanecido durante cortas estancias en Tijuana y a través de las cuales podamos describir y comprender cómo su movilidad termina por articular un patrón de circularidad migratoria. Aunque dicha muestra se concentra en mujeres que forman parte de la llamada “élite” del comercio sexual –trabajadoras de clubes reconocidos como el *Hong Kong*, el *Chicago* y el *Tropical*–, los relatos permiten contrastar sus experiencias con otros grupos de trabajadoras, como las que ejercen en la calle, las “paraditas”; o aquellas desplazadas hacia mercados menos rentables debido a factores de edad o corporalidad.

A partir de lo anterior, es posible distinguir tres grandes grupos de trabajadoras sexuales en la Zona Norte. Por un lado, se encuentran las trabajadoras sexuales que ejercen en la vía pública, conocidas localmente como “paraditas”. Durante el trabajo de campo se identificó la presencia aproximada de 250 mujeres en esta modalidad, 150 en el turno de la tarde-noche y alrededor de 100 por la mañana. Este registro se realizó mediante recorridos sistemáticos por la zona donde se concentran (principalmente en la calle Coahuila), contabilizándolas de manera directa. Es importante señalar que se trata de una estimación variable, ya que la presencia de estas mujeres fluctúa de acuerdo con sus tiempos de estancia en la Zona Norte de Tijuana, así como con dinámicas de movilidad cotidiana temporal. También, comenzaron a distinguirse por estar más vinculadas a una dinámica de explotación o trata implementada por un padrote, proxeneta o, en algunos casos, por su propia pareja, quien luego cobra una ganancia completa de lo que ellas trabajan. Su presencia es visible en las calles de la Zona Norte; a veces con ropa más exótica y visualmente llamativa y en ocasiones, vestidas de manera casual, ofrecen encuentros sexuales de alrededor de 20 minutos en algún hotel de los alrededores (Hernández, 2021).

Así pues, también está el otro grupo de mujeres cuyos cuerpos no se encuentran dentro de la norma de lo que podría ser para muchos hombres “atractivos”, además de ello, su edad ya no representa en algunos casos, símbolo de la juventud; a partir de esos factores, que les impiden insertarse en clubes de prestigio en la Zona Norte, terminan por introducirse dentro de una jerarquía secundaria, es decir, su presencia y oportunidades laborales se ven reducidos a mercados más populares donde el ingreso económico puede ser menor. Este grupo evidencia la exclusión y cómo los bares y centros de entretenimiento en esta zona regular su propia fuerza de trabajo mediante filtros estéticos y etarios.

Finalmente, el grupo de mujeres de la élite se compone de aquellas que laboran en los principales clubes de Tijuana. De acuerdo con estimaciones derivadas del trabajo de campo, en los tres centros nocturnos más importantes –*Hong Kong*, el *Chicago* y el *Tropical*– laboran alrededor de 1,500 trabajadoras sexuales en conjunto. Esta cifra debe entenderse como aproximada, ya que la permanencia de las mujeres en estos espacios está marcada por una alta rotación y movilidad, sujeta a factores como temporadas de mayor afluencia turística, dinámicas internas de los clubes y

decisiones personales de las propias trabajadoras. La edad es uno de los principales filtros de acceso al trabajo sexual en la zona. La mayoría de las mujeres entrevistadas para este estudio tenían entre 20 y 29 años; ser menor de 40 suele presentarse como un requisito explícito en estos clubes donde incluso se verifica con identificación oficial. Lo anterior tiene una estrecha relación con que la juventud se asocia con parámetros estéticos-cuerpos firmes, rostros frescos, vitalidad- que operan como criterios de selección y construyen un capital erótico funcional al mercado (Hakim, 2010). De esta manera, la juventud se convierte en un recurso que permite acceder a ingresos en dólares, mayor flexibilidad horaria y autonomía relativa frente a trabajos previos en maquilas o el sector informal (Agustín, 2009).

En este sector considerado superior debido a la selección meticulosa de perfiles, la actividad del trabajo sexual en la Zona Norte ofrece un entorno atractivo para estas mujeres por otras razones como legalidad ambigua, infraestructura especializada y flujo constante de clientela internacional, conformando una economía sexo-erótica estructurada (Goldenberg *et al.*, 2015). Para muchas mujeres migrantes del noroeste y centro del país, este imaginario de Tijuana como un lugar “donde se gana más” impulsa su movilidad.

Esta segmentación no solo responde a criterios descriptivos, sino que muestra cómo los espacios físicos y sociales producen y reproducen jerarquías laborales, reafirmando la idea de Sassen (2003) sobre las geografías del trabajo en la economía global. En este aspecto, algo particular del mercado sexual en la Zona Norte es la participación en su mayoría de mujeres mexicanas procedentes de diversos estados del país.

Sonora y Sinaloa han sido, por décadas, los principales estados de origen de mujeres trabajadoras sexuales; factores como la cercanía geográfica y ciertos atributos físicos valorados –tonalidad de piel más clara, cuerpos esbeltos y actitud “cálida” y “espontánea”– han favorecido su ingreso a estos espacios. En comparación con lo que se podría pensar en el imaginario social, la presencia de mujeres extranjeras es limitada por los controles migratorios que imponen sanciones de retención y deportación para aquellas mujeres que no cuentan con los permisos migratorios regularizados. Aunque en décadas pasadas fue visible la presencia de mujeres rusas, ucranianas, brasileñas y colombianas.

En el caso de las mujeres del estado de Sonora, algunas comenzaron a llegar de ciudades como Hermosillo, Obregón o Guaymas para trabajar de forma temporal y cubrir gastos escolares o familiares especiales. La violencia fue otro factor para migrar y buscar oportunidades de trabajo en el mercado sexual en grandes ciudades o sitios turísticos. Tal es el caso de las mujeres procedentes de zonas fronterizas como San Luis Río Colorado, Nogales o Agua Prieta, que migraron empujadas por la violencia en sus regiones. Una mujer de Caborca relató que, tras la llegada de un cártel del narcotráfico que tomó el control, se les exigía “derecho de piso” a comerciantes y profesionistas, incluso a las trabajadoras sexuales, quienes no lograban cumplir con el pago, recibían castigos como ser rapadas, golpeadas o secuestradas.

Aunque Baja California aparece en tercer lugar como lugar de origen de trabajadoras sexuales, muchas de las entrevistadas no nacieron en el estado, algunas llegaron desde niñas o llevan más de cinco años residiendo ahí. A la par, otras son originarias de estados como Jalisco, Nayarit y Zacatecas, y salieron de sus hogares a causa de la violencia intrafamiliar o en busca de protección. Además, la alta rotatividad del mercado sexual hace que muchas se trasladen entre ciudades con mejores ingresos en las temporadas de mayor demanda.

Si bien las motivaciones para insertarse en el trabajo sexual son principalmente económicas y no siempre responden a condiciones de pobreza extrema. Un rasgo particular que se encontró en las entrevistas hechas en la Zona Norte es el nivel educativo de las mujeres. Muchas cuentan con bachillerato técnico, incluso estudios universitarios, en comparación con otras regiones del país. Esto no se explica solo por trayectorias individuales, sino en el marco de la movilidad y la reconfiguración transnacional del trabajo sexual en la frontera.

Las experiencias laborales previas refuerzan esta idea. La mayoría había trabajado en maquiladoras, comercios o servicios, empleos mal pagados y con horarios rígidos. Más que una ruptura, su paso al comercio sexual fue un cálculo sobre ingresos, tiempo y autonomía. En este sentido, no significó un descenso social, sino una reubicación dentro de un sistema desigual donde el capital erótico, más que el académico, adquiere valor.

A ello se suma la maternidad como un factor decisivo: el 85 % de las entrevistadas tenía hijos, lo que convierte al trabajo sexual en una estrategia concreta de sostenimiento familiar. Quienes no son madres, en cambio, suelen destinar sus ingresos a pagar estudios o consumo personal. Lejos de ser excluyentes, maternidad y trabajo sexual conviven en una doble responsabilidad: proveer económicamente y sostener afectivamente a los hijos, en muchos casos ante la ausencia del padre. Así pues, para varias mujeres, la Zona Norte presenta además un espacio donde su belleza y habilidades performativas son reconocidas y mejor remuneradas que en otros trabajos.

La movilidad circular es uno de los rasgos más claros del trabajo sexual en la Zona Norte de Tijuana. A los factores económicos, personales y sociales, se suman elementos migratorios clave: la proximidad con estados como Sonora y Sinaloa, la existencia de redes de mujeres que comparten información y apoyos, y la posibilidad de habitar la ciudad solo por temporadas. Estas cadenas de recomendación entre amigas no solo median el acceso, sino que también generan vínculos afectivos y de protección (Granovetter, 1973; Mahler, 1999).

El mapa de origen de las entrevistadas confirma esta lógica. Sonora, Sinaloa y Baja California concentran la mayoría de trayectorias, caracterizadas por estancias cortas que permiten alternar el trabajo sexual con el cuidado familiar y otras actividades de importancia. Muchas mujeres viajan algunos días o semanas, especialmente fines de semana o temporadas altas, y luego regresan a sus comunidades. Esta movilidad estratégica responde tanto a necesidades económicas como al deseo de mantener el anonimato social o incluso de escapar de contextos de violencia.

En el caso de Sinaloa, por ejemplo, los entornos rurales donde ya existía el trabajo sexual informal se volvieron cada vez más riesgosos por la presencia del crimen organizado y el cobro de “derecho de piso”. En este caso, migrar a Tijuana en grupo se percibía como una opción más rentable y predecible, aun con los riesgos que esto implica (Agustín, 2009; Sassen, 2003). El traslado, en este sentido, no siempre se vive como una ruptura, sino como extensión de circuitos laborales previos, donde la cercanía geográfica facilita la alternancia.

Los datos de campo refuerzan esta idea, la mayoría de las entrevistadas se identificaron como migrantes temporales, con esquemas de empleo por temporadas o turnos rotativos. Para estas mujeres, trabajar de manera intermitente en Tijuana permite ahorrar, esquivar el estigma en sus hogares y administrar el desgaste físico.

En estas trayectorias, las redes femeninas son la base. El 70 % comenta que ingresó por medio de una amiga y 14 de 20 llegaron acompañadas, lo que reduce riesgos y ofrece apoyo en aspectos como

el cuidado infantil. Estas amistades funcionan como capital social que facilita la movilidad y el ingreso, y se distinguen tanto de los vínculos de pareja como de las dinámicas de explotación. Como señala Hakim (2010), el capital erótico se combina aquí con capital social, permitiendo a las mujeres acceder a los clubes más rentables y validar su inserción en el mercado.

Así, Tijuana se configura como un nodo fronterizo donde se cruzan cuerpos jóvenes, circuitos migratorios y trayectorias laborales precarizadas. No es solo la juventud lo que abre las puertas, sino la capacidad de movilizarse de manera flexible y activar redes de confianza que sostienen esta forma particular de circularidad.

4 El Hong Kong de Tijuana: fronteras, deseo y arquitectura de la sexualidad

Las descripciones que siguen se basan en la etnografía exploratoria realizada en la Zona Norte de Tijuana entre 2023 y 2024.

La Zona Norte de Tijuana se configura como un espacio urbano donde la sexualidad se transforma en mercancía y espectáculo. Al recorrer el Puente del Chaparral o el cruce de la Garita de San Ysidro, el visitante entra en un territorio modelado por la proximidad con Estados Unidos y por un circuito diseñado para orientar cada paso hacia el consumo. La *Zona Shuttle*, con sus limusinas negras que transportan directamente a los turistas hasta los clubes, ejemplifica cómo la frontera opera a manera de un corredor planificado que canaliza cuerpos, expectativas y capitales mediante un elaborado instructivo mediático dirigido a los turistas transfronterizos. Desde la fila de regreso a California se distinguen las pulseras naranjas y blancas atadas a las muñecas de los usuarios del *Hong Kong* y del Hotel Cascadas, huellas mínimas de una experiencia que revela la eficacia del sistema de circulación. Farmacias que promocionan *Viagra*, hoteles de paso y bares alineados en la misma trama urbana muestran cómo la infraestructura se articula con el deseo masculino y cómo ese deseo sostiene la economía transfronteriza.

El *Hong Kong* participa de lo que Brennan (2004) denomina *sexscapes*: paisajes eróticos transnacionales en los que convergen turistas de California, clientes asiáticos y latinoamericanos, y trabajadoras que llegan de distintos estados de México y Centroamérica. En este sentido, la frontera intensifica los flujos y produce un espacio donde se encuentran consumos globales y necesidades locales, lo que Mezzadra y Neilson (2013) conceptualizan como un borde productivo. En este marco, la circulación de trabajadoras sexuales es un engranaje fundamental de un sistema que depende de la movilidad constante.

El edificio del *Hong Kong* y del Hotel Cascadas, visible desde ambos lados de la línea internacional, sintetiza esta lógica de visibilidad fálica y control. Muros altos y luminosidad constante convierten la arquitectura en un anuncio permanente de la industria del sexo. Preciado (2008) describiría este espacio como una pornotopía: un dispositivo donde la escenografía, la música, las reglas laborales y la administración empresarial transforman el sexo en coreografía organizada y estrictamente una economía política de la mirada. El ingreso al club se asemeja a un ritual burocrático que incluye guardias, detectores de metal, registros en libretas y revisiones corporales. Una vez dentro, la “Nana” en los camerinos controla *los lockers* y las rutinas, reproduciendo un orden que mezcla seguridad privada y disciplina laboral. Los shows van desde bailes acrobáticos en el tubo hasta espectáculos lésbicos con crema *chantilly* y desfiles de disfraces que son puestos en escena cuidadosamente montados donde cada detalle está orientado a la rentabilidad del consumo.

La regulación formal aparece en las tarjetas sanitarias renovadas mensualmente con análisis de VIH y cultivos, un mecanismo que revela cómo el Estado administra el cuerpo femenino como recurso económico. Curtis (2008) describe estos espacios como zonas de tolerancia, donde la ilegalidad se gobierna mediante el orden administrativo. *Hong Kong* perfecciona esta fórmula con el sistema rotativo: bailarinas que ingresan por temporadas, turnos organizados según la afluencia de clientes y metas de fichas que aseguran ingresos diarios. En el *Hong Kong* las metas que impone el bar es de 100 fichas y 5 servicios privados semanales por bailarina.

Este sistema de rotación además garantiza una vía de omisión de derechos laborales y seguridad social a las trabajadoras y es así como se gestan las irregularidades sobre la regularidad de la estructura. Henry es una figura clave en este sistema. En el *Hong Kong*, Henry es quien recibe y revisa los perfiles de las mujeres que contratan en el bar. Existen 3 formas de vinculación: la primera es a través de otros contactos, habitualmente amigas o familiares tales como primas o hermanas que recomiendan a otras. La segunda es llegar directamente al bar y solicitar una entrevista en Recursos Humanos y la tercera consiste en algún intermediario o *manager* que “recomienda” a las mujeres que provienen de otros clubes.

En la oficina de contratación, Henry y Benito administran este sistema y no se dan abasto. Al momento de la etnografía, el club contaba con 1200 trabajadoras. Diariamente los contratistas reciben grupos de mujeres con una plática introductoria y una serie de fotografías frente a un muro blanco, formularios, copia de ID y un contrato que estipula las reglas del trabajo. Este formato incluye una leyenda que prohíbe de forma explícita la *prostitución* y el consumo de sustancias en el club, mientras que de manera paradójica se induce a las mujeres a generar el monto por el trámite de la tarjeta mediante la venta de servicios sexuales. Los discursos que Henry promueve en esta plática giran en torno a la promesa de obtener altos ingresos, hasta 50 mil pesos semanales; hace énfasis en la importancia de alentar a los clientes al consumo, para lo que sugiere hacer alianzas con los meseros: “Aquí en *Hong Kong* hemos trabajado mucho para educar al cliente a que consuma”, dice en un tono motivacional para concientizar a las mujeres de que están ahí para generar dinero. Todo ello configura una maquinaria empresarial que regula simultáneamente la disciplina laboral y la ilusión de ascenso económico.

Las experiencias de las trabajadoras muestran cómo se combinan precariedad y agencia. Las conversaciones sobre la manutención de los hijos, el costo de cirugías o las alianzas con meseros u otras mujeres para obtener clientela revelan que la interseccionalidad (Crenshaw, 1989) atraviesa las trayectorias laborales: el origen, el tono de piel, el estatus migratorio, la edad o la maternidad determinan posiciones diferenciadas en el sistema. En los camerinos, las mujeres se ayudan a ajustar vestuarios, intercambian fichas para cumplir con los mínimos exigidos o improvisan disfraces para evitar sanciones. Estas prácticas recuerdan lo que De Certeau (1984) define como tácticas: microestrategias para moverse en un entorno estructurado por el control y la vigilancia. Sin embargo, también emergen los riesgos a través de los relatos de coerción por parte de organizaciones criminales que circulan de manera constante, y la negociación con clientes sobre prácticas sexuales sin protección muestra cómo la violencia sanitaria se inserta en lo cotidiano.

El *Hong Kong*, en diálogo con la Zona Norte, permite comprender a Tijuana como una ciudad que adopta y traduce modelos globales de distritos rojos que operan a modo de circuitos de consumo y trabajo sexual. La Zona Norte es una versión de distrito rojo fronterizo marcada por la proximidad con California, por la circulación de turistas y por la llegada constante de trabajadoras migrantes. La frontera canaliza la sexualidad a través de la arquitectura que la “higieniza” y estetiza mediante la gestión empresarial que la administra. Tijuana convierte el cruce internacional en espectáculo y el

trabajo sexual en un sistema que combina glamour escenificado, riesgo permanente y tácticas de sobrevivencia.

En conjunto, las escenas observadas durante el trabajo de campo permiten comprender que el Hong Kong y la Zona Norte constituyen espacios donde convergen arquitectura, regulación sanitaria, disciplina empresarial y circulación transnacional de cuerpos. La organización del ingreso, el sistema de rotación, la pedagogía del consumo promovida por los administradores y la segmentación corporal del mercado revelan una economía sexual altamente racionalizada que traduce el deseo en rendimiento cuantificable. En este entramado, la frontera actúa como un principio productivo que genera valor diferencial a partir de la movilidad, la edad, la nacionalidad y la apariencia corporal. Las trabajadoras se desenvuelven dentro de un régimen organizado de visibilidad, competencia y administración del riesgo, donde la agencia se ejerce bajo condiciones estructuralmente desiguales.

5 Rutas del trabajo sexual, una mirada desde adentro: Esmeralda y Rubí

En esta sección exploramos con los testimonios de Esmeralda y Rubí, dos mujeres migrantes procedentes del estado de Sinaloa, quienes relatan detalles del inicio de su experiencia en el trabajo sexual, las dinámicas laborales y de movilidad, situaciones de vida y maternidad y su relación con los clientes y compañeras de trabajo, así como sus experiencias laborales en dos famosos bares de la Zona Norte de Tijuana.

A partir de los siguientes fragmentos, observamos cómo surgen sus trayectorias en el trabajo sexual en México y, particularmente, en los circuitos que desembocan en la Zona Norte de Tijuana. Sus relatos también muestran cómo juventud, corporalidad, movilidad y tácticas cotidianas se entrelazan en un mercado atravesado por desigualdades estructurales, regulaciones institucionales y experiencias subjetivas. Lejos de ser historias lineales, sus trayectorias confirman que el trabajo sexual es un campo marcado por la circulación constante, la competencia interna y la articulación entre vida personal y economía global.

En la historia de ambas, los primeros pasos en el comercio sexual estuvieron atravesados por la juventud y la promesa de ingresos inmediatos. Esmeralda recuerda:

[...] inicié mi actividad en el trabajo sexual, o de puta como se dice, en Culiacán, Sinaloa, ciudad donde yo nací. Trabajé tres meses con un padrotillo que andaba en ese negocio [...]. Yo tenía 19 años y vivía con mi familia (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí, por su parte, describe su llegada a una de las casas de citas más reconocidas:

Después de esa primera experiencia me fui a Durango [...] a trabajar a la 'Casa fea'. Decían que era la mejor casa de citas de todo el país. Yo iba con una amiguita, también jovencita (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Estos relatos evidencian cómo la juventud y la belleza operan como capital erótico inicial (Hakim, 2010), condición de acceso a espacios laborales que, aunque precarios, ofrecían mayores ingresos que otros empleos disponibles. Asimismo, muestran cómo la inserción en el mercado no ocurre de forma aislada, sino mediada por proxenetas, amigas o redes locales, lo que coincide con lo que

Sassen (2003) describe como contrageografías de la globalización: circuitos menores que sostienen la economía global a partir de la circulación de cuerpos feminizados.

La incorporación a estos espacios implicaba también confrontarse con dinámicas de competencia entre trabajadoras. Esmeralda relata su primera noche en una cantina:

[...]Las chicas se me quedaban mirando y hablaban de mí. [...] Quizás esa era la envidia de las chavas, ¿no? Porque nada más yo era la única nueva, además, esas mujeres estaban operadas y ya eran mayores (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí recuerda la jerarquía marcada por la corporalidad en Durango:

La que rifaba era una chica del Paso, Texas, muy bonita y operada. Cobraba \$1,800, nosotras \$1,300. [...] Después, yo le quité ese lugar (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Aquí se observa cómo la competencia laboral se organiza en torno a diferencias corporales y etarias, produciendo desigualdades internas en línea con lo que Crenshaw (1989) conceptualiza como interseccionalidad. Además, tal como advierte Preciado (2008), la lógica de la pornotopía no solo regula el deseo masculino, sino que también impone estándares corporales que las mujeres reproducen y disputan entre sí.

Por otro lado, la relación con los clientes ilustra tanto la diversidad de demandas como las posiciones de poder que ellos ocupan. Esmeralda recuerda el encuentro con un cliente célebre en la región:

Conocí al 13, el sicario más famoso de Tayoltita [...]. Me tomó fotos y se la pasó elogiándome, pero no hubo sexo. [...] Se me hizo raro porque ese hombre tan famoso tuvo esa experiencia conmigo (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí relata un servicio inusual:

“En Durango, un chavalo pidió: “Ponte el condón y méteme el dedo en el ano”. [...] Al final se fue tan contento que hasta me dio propina (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Estas narraciones muestran cómo los clientes expresan expectativas diversas que obligan a las trabajadoras a negociar constantemente los términos del encuentro. La figura del sicario pone de relieve la relación entre violencia, poder local y trabajo sexual, mientras que las prácticas no convencionales solicitadas por otros clientes revelan la amplitud del “*sexscape*” descrito por Brennan (2004), un paisaje íntimo y económico donde convergen deseos globales y arreglos locales.

Las trayectorias de ambas mujeres estuvieron marcadas por una movilidad circular hacia distintos destinos, confirmando la producción de lo *glocal* (Tsing, 2000). Esmeralda rememora sus viajes a la sierra de Durango:

La primera vez en Tayoltita duré tres días, fue un fin de semana [...] el trabajo ahí solo era los fines de semana (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí, en cambio, narra su paso por La Paz y Mexicali:

En La Paz me iba bien, los clientes eran puros americanos. [...] Ahí conocí a la madrota de Mexicali y fue así como me enteré de que era un buen lugar para trabajar (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

La movilidad, además de ser una estrategia económica, también opera como un recurso de gestión de riesgos y diversificación de ingresos, en sintonía con lo que el propio artículo analiza como circularidad migratoria. Este patrón confirma que las trayectorias individuales forman parte de circuitos más amplios que sostienen el turismo sexual transnacional.

En este sentido, la llegada a Tijuana representó un punto de inflexión, al insertarse en el sistema empresarial de clubes reconocidos a nivel transfronterizo. Esmeralda describe su ingreso al *Hong Kong*:

Nos entrevistó Henry [...] nosotras veíamos que eran puras operadas, muy estilizadas. Nos sentimos inseguras porque no sabíamos bailar en el tubo. [...] Nos aclaró que los servicios debían cobrarse a un mínimo de 120 dólares por media hora (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí, en el Tropical, recuerda la magnitud del mercado:

Ahí trabajaban unas 80 chicas en cada turno, rubias, morenas, jóvenes, maduras, delgadas y operadas. Los clientes podían elegir (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Estas experiencias muestran cómo la institucionalización del mercado sexual en Tijuana funciona como una pornotopía (Preciado, 2008), donde arquitectura, reglamentos y vigilancia empresarial transforman la sexualidad en espectáculo y mercancía. A la vez, confirman la idea de Mezzadra y Neilson (2013) de la frontera como un borde productivo que organiza la circulación de mujeres, cuerpos y deseos en clave transnacional.

Frente a un mercado saturado, Esmeralda y Rubí desarrollaron tácticas propias para distinguirse. Esmeralda señala:

Para trabajar siempre me vestía de forma provocativa [...]. En Tijuana lo empecé a implementar: no usar ropa interior. Eso hacía llamar la atención (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí complementa:

Yo me le lanzaba a los hombres, delante de las demás chicas [...]. Les decía: “Escógeme a mí, yo sí les voy a dar placer” (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Estas prácticas encarnan una serie de microestrategias que permiten apropiarse de espacios regulados y desplegar formas de agencia adaptadas a un contexto de control y vigilancia. Aunque estas tácticas no eliminan las desigualdades estructurales, sí muestran la creatividad y la capacidad de negociación de las trabajadoras en su vida cotidiana.

Las trayectorias no pueden separarse de decisiones vitales que reconfiguran proyectos personales.

Esmeralda narra cómo combinó el trabajo con su deseo de estudiar:

Decidí retomar mis estudios. Me inscribí a la carrera de Derecho [...]. Después cambié a Educación, algo que sí me gustó (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Rubí recuerda el giro que significó un embarazo inesperado:

Me involucré con un cliente filipino y quedé embarazada. [...] Desde que supe dije: “Chingue su madre, me la aviento. Voy a cuidar a mi hija, voy a ser responsable” (Comunicación personal, A. Hernández, 27 de diciembre de 2024, Tijuana, B.C.).

Estos testimonios revelan cómo la maternidad y los proyectos educativos inciden en la continuidad o el replanteamiento de las trayectorias laborales. En línea con lo discutido en el artículo, muestran que el trabajo sexual responde a necesidades económicas que se entrelazan con proyectos de movilidad social, aspiraciones personales y afectividades.

Los testimonios de Esmeralda y Rubí ponen en evidencia que el trabajo sexual es un espacio donde se cruzan estructuras globales, regulaciones locales y experiencias individuales. Juventud, corporalidad, competencia, movilidad, tácticas y maternidad se entrelazan en un mercado transnacional que combina precariedad y agencia. Las narrativas acerca de la trayectorias confirman que las mujeres en la Zona Norte no solo habitan como víctimas pasivas, sino que participan activamente en su configuración, negociando límites y posibilidades dentro de un sistema estructuralmente desigual. En este sentido, los testimonios invitan a comprender cómo los cuerpos de las trabajadoras sexuales son a la vez objeto de regulación y sujetos de estrategias, situados en el corazón de un laboratorio urbano de la globalización.

6 Conclusiones

Este artículo muestra que la Zona Norte de Tijuana se configura como un espacio fronterizo donde convergen dinámicas globales, regulaciones locales y experiencias encarnadas de las mujeres que participan en el comercio sexual. La Zona Norte funciona como un dispositivo productivo que organiza flujos de trabajo, movilidades, sexualidades y deseos en el marco de la frontera Tijuana–San Diego. Desde esta perspectiva, la frontera opera como un principio activo de organización social. Como señalan Mezzadra y Neilson, “la frontera no es simplemente una línea que separa territorios, sino un método para analizar la producción diferencial del trabajo, la movilidad y la ciudadanía” (Mezzadra y Neilson, 2013, p. 8). Esta noción permite comprender cómo el enclave sexual tijuanense produce jerarquías laborales, circuitos de circulación y formas específicas de regulación del cuerpo femenino.

Desde una escala estructural, los hallazgos sitúan el trabajo sexual migrante de la Zona Norte dentro de las contrageografías de la globalización (Sassen, 2003, 2014): circuitos que sostienen economías transnacionales mediante la circulación de cuerpos feminizados. Las trayectorias de Esmeralda y Rubí evidencian que la movilidad circular constituye una pieza central del mercado sexual fronterizo. Los desplazamientos temporales, las estancias cortas y la rotación entre ciudades y clubes contribuyen a la rentabilidad del sistema y distribuyen de forma desigual los riesgos, el desgaste corporal y las oportunidades de ingreso.

En el plano institucional y espacial, el análisis muestra que la Zona Norte opera como una zona de tolerancia administrada, donde la regulación sanitaria, la vigilancia policial y la arquitectura empresarial articulan una modalidad específica de gobierno del comercio sexual. La tarjeta sanitaria, los contratos ambiguos y el sistema rotativo de los clubes producen una legalidad selectiva que convierte el cuerpo femenino en un recurso económico regulado. En este entramado, los bares y clubes, en particular el Hong Kong, funcionan como pornotopías (Preciado, 2008), es decir, dispositivos donde la sexualidad se transforma en espectáculo, consumo y disciplina laboral dentro de un espacio fronterizo altamente visible y mercantilizado.

El estudio también permite identificar la estratificación intensiva del mercado sexual de la Zona Norte basada en jerarquías corporales, etarias y sociales. La juventud, la adecuación a estándares normativos de belleza y ciertos atributos etno-racializados operan como capital erótico que facilita el acceso a los espacios más rentables, mientras que otras corporalidades quedan relegadas a mercados secundarios caracterizados por mayores niveles de precariedad. Esta segmentación produce desigualdades materiales concretas en términos de ingresos, exposición a la violencia, riesgos a la salud y capacidad de negociación, confirmando que el cuerpo constituye uno de los principales criterios de organización económica.

Los hallazgos de este estudio invitan a desplazar los debates sobre trabajo sexual más allá de las dicotomías morales y de los enfoques centrados exclusivamente en la victimización o la agencia individual. Al situar la Zona Norte como un dispositivo fronterizo que organiza movilidad, regulación y jerarquías corporales, el artículo muestra que las condiciones del trabajo sexual se producen en la intersección entre políticas migratorias, lógicas empresariales y formas de gobierno urbano. Esta lectura permite pensar el trabajo sexual como un campo estratégico para analizar las desigualdades contemporáneas y subraya la necesidad de marcos analíticos y políticas públicas que atiendan las violencias estructurales que atraviesan estos mercados.

Bibliografía

- Agustín, Laura María. (2009). *Sexo y Marginalidad. Emigración, mercado de trabajo e industria del rescate*. Editorial Popular: Madrid.
- Anzaldúa, Gloria. (1987). *Borderlands/La frontera: The new mestiza*. Aunt Lute Books: San Francisco.
- Brennan, Denise. (2004). *What's love got to do with it? Transnational desires and sex tourism in the Dominican Republic*. Duke University Press: Durham.
- Crenshaw, Kimberle. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139–167.
- Curtis, James R. (2008). The regulation of prostitution: Tolerance zones and the governance of commercial sex. *Journal of Law and Society*, 35(1), 1–24.
- De Certeau, Michel. (1984). *The practice of everyday life*. University of California Press: Berkeley.
- Goldenberg, Shira Miriam, *et al.* (2015). Structural determinants of health among in/migrants in the sex industry. *PLOS ONE*, 10(6), e0126389.
- Granovetter, Mark. (1973). The strength of weak ties. *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360–1380.
- Hakim, Catherine. (2010). Erotic capital. *European Sociological Review*, 26(5), 499–518
- Hernández, Alberto Hernández. (2021). Los caminos del deseo: Vida cotidiana y trabajo sexual en la frontera Tijuana-San Diego. En A. H. Hernández (Ed.), *Geografías del trabajo sexual en las fronteras de América Latina* (pp. 37–72). El Colegio de la Frontera Norte: Tijuana.
- Hernández, Alberto Hernández. (2022). Dinámicas del trabajo sexual en Tijuana: relatos etnográficos de la Zona Norte y La Coahuila. *Encartes*, 5(9), 197–223.
- Mahler, Sara J. (1999). Engendering transnational migration: A case study of Salvadorans. *American Behavioral Scientist*, 42(9), 1372–1390.
- Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett. (2013). *Border as method, or, the multiplication of labor*. Duke University Press: Durham.
- Preciado, Paul B. (2008). *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Anagrama: Barcelona.
- Sassen, Saskia. (2003). Contrageographies of globalization. En K. Olds, P. Dicken, P. F. Kelly, L. Kong, y H. W. Yeung (Eds.), *Globalisation and the Asia-Pacific: Contested territories* (pp. 163–180). Routledge: London.
- Sassen, Saskia. (2014). *Expulsions: Brutality and complexity in the global economy*. Harvard University Press: Cambridge.
- Spivak, Gayatri C. (1988). Can the subaltern speak? En C. Nelson y L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the interpretation of culture* (pp. 271–313). University of Illinois Press: Urbana.
- Tsing, Anna L. (2000). The global situation. *Cultural Anthropology*, 15(3), 327–360.